

NACIÓN Y CULTURA¹

Juan Pablo II

El argumento emprendido por Usted, Santidad, sobre la identidad cultural e histórica de la nación, afronta un tema complejo. Surgen espontáneamente algunas preguntas: ¿Cómo se ha de entender la cultura? ¿Cuál es su sentido y su génesis? ¿Cómo definir más detalladamente el papel de la cultura en la vida de la nación?

Todo creyente sabe que el comienzo de la historia del hombre ha de buscarse en el libro del Génesis. También se ha de acudir a sus páginas para indagar sobre el origen de la cultura humana. Todo se resume en estas sencillas palabras: «Entonces el Señor Dios modeló al hombre de arcilla del suelo, sopló en su nariz un aliento de vida, y el hombre se convirtió en ser vivo» (Gn 2, 7). Esta decisión del Creador tiene una dimensión particular. Porque, mientras para crear otros seres dice simplemente «hágase», sólo en este caso parece como si entrara dentro de sí para hacer una especie de consulta trinitaria y después decidir: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza» (Gn 1, 26). El autor bíblico prosigue: «Y creó Dios al hombre a su imagen; a imagen de Dios los creó; hombre y mujer los creó. Y los bendijo Dios y les dijo: “creced, multiplicaos, llenad la tierra y sometedla”» (Gn 1, 27-28). Leemos también en el relato del sexto día de la creación: «Y vio Dios todo lo que había hecho: y era muy bueno» (Gn 1, 31). Estas últimas palabras, comúnmente atribuidas a la llamada «tradición sacerdotal», se encuentran en el primer capítulo del libro del Génesis.

En el capítulo segundo, fruto de la obra del redactor yahvista, se trata de la creación del hombre de manera más amplia, más descriptiva y psicológica. Comienza constatando la soledad del hombre llamado a la existencia en medio del universo visible. Da nombres apropiados a los seres que lo rodean. Y, al pasar revista de todos los seres vivientes, constata que no hay entre ellos ninguno que se le parezca. Por eso se siente solo en el mundo. Dios provee a esta soledad decidiendo crear a la mujer. Según el texto bíblico,

¹ Capítulo del libro “Memoria e Identidad: Conversaciones al filo de dos milenios” del Papa Juan Pablo II (Traducción Bogdan Protrowski)

el Creador dejó caer un letargo sobre el hombre, durante el cual forma de una costilla suya a Eva. Al despertar, el hombre mira atónito al nuevo ser semejante a él y se muestra entusiasmado: «¡Ésta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne!» (Gn 2, 23). Así, al lado del ser humano varón puso en el mundo creado el ser humano mujer. Siguen a continuación las conocidas palabras que abren la perspectiva particularmente exigente de una vida entre dos: «Por eso abandonará el hombre a su padre y a su madre, se unirá a su mujer y serán dos en una sola carne» (Gn 2, 24). Esta unión en la carne introduce a la experiencia misteriosa del ser progenitores.

El libro del Génesis continúa diciendo que los dos seres humanos, creados por Dios como hombre y mujer, estaban desnudos y no sentían vergüenza. Esta condición duró hasta el momento en que se dejaron seducir por la serpiente, símbolo del espíritu maligno. Fue precisamente la serpiente quien les persuadió a tomar el fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal, los instigó a transgredir la prohibición terminante de Dios, y lo hizo con palabras insinuantes: «No es verdad que tengáis que morir. Bien sabe Dios que cuando comáis de él, se os abrirán los ojos, y seréis como Dios en el conocimiento del bien y el mal» (Gn 3, 5). Cuando ambos, la mujer y el hombre, hicieron lo que el espíritu maligno había sugerido, se dieron cuenta de que estaban desnudos y sintieron vergüenza de su propio cuerpo. Habían perdido la inocencia original. El tercer capítulo del libro del Génesis describe de modo muy elocuente las consecuencias del pecado original, tanto para la mujer como para el hombre, así como para su recíproca relación. No obstante, Dios preanuncia una mujer futura, cuyo descendiente aplastará la cabeza de la serpiente, es decir, preanuncia la venida del Redentor y su obra de salvación (cf. Gn 3, 15).

Sigamos teniendo presente este esbozo del estado original del hombre, porque volveremos de nuevo al primer capítulo del libro del Génesis, donde se dice que Dios creó al hombre a su imagen y semejanza, y les dijo: «Creced y multiplicaos, llenad la tierra y sometedla» (Gn 1, 28). Estas palabras son la primera y más completa definición de la cultura humana. Someter la tierra significa descubrir y confirmar la verdad del propio ser humano, de esa humanidad que comparten en igual medida el varón y la mujer. Dios ha confiado a este hombre, a su humanidad, todo el mundo visible como don y

tarea a la vez; le ha asignado una misión concreta: realizar la verdad de sí mismo y del mundo. El hombre debe dejarse guiar por esta verdad de sí mismo para poder modelar según la verdad el mundo visible, usándolo correctamente para sus fines, sin abusar de él. En otras palabras, esta verdad del mundo y de sí mismo es el fundamento de toda intervención del hombre sobre la creación.

Esta misión del hombre respecto al mundo visible, tal como la describe el libro del Génesis, tiene en la historia su propia evolución, que en los tiempos modernos se ha acelerado extraordinariamente. Todo comenzó con la invención de las máquinas: desde ese momento el hombre ya no se limita a transformar las materias primas suministradas por la naturaleza, sino también los productos de su propio trabajo. En este sentido, el trabajo humano ha ido adquiriendo las características de la producción industrial, cuya norma esencial, no obstante, sigue siendo la misma: el hombre debe ser fiel a la verdad de sí mismo y a la del objeto de su trabajo, tanto si se ocupa de materias primas naturales como de productos artificiales.

Con lo dicho en las primeras páginas del libro del Génesis entramos en el meollo mismo de lo que se llama cultura, penetrando en su significado originario y fundamental, desde el que podemos llegar escalonadamente a lo que es la verdad de nuestra civilización industrial. Se ve que, tanto en la etapa original como hoy, la civilización está y sigue estando relacionada con el desarrollo del conocimiento de la verdad del mundo, es decir, con el desarrollo de la ciencia. Ésta es su dimensión cognoscitiva. Sería necesario detenernos en analizar profundamente los tres primeros capítulos del libro del Génesis, que son la fuente originaria a la que se ha de acudir. Porque, para la cultura humana, no sólo es esencial el conocimiento que el hombre tiene del mundo externo, sino también el que tiene de sí mismo. Y este conocimiento de la verdad concierne también a la duplicidad del ser humano: «Hombre y mujer los creó» (Gn 1, 27). El primer capítulo del libro del Génesis completa esta afirmación citando la recomendación de Dios sobre la generación humana: «Creced, multiplicaos, llenad la tierra y sometedla» (Gn 1, 28). El segundo y tercer capítulos proporcionan otros elementos que ayudan a entender mejor el designio de Dios: lo dicho sobre la soledad del hombre, la creación del ser semejante a él, del asombro ante la primera mujer creada de él, de la vocación al matrimonio y, en fin, de toda la historia de la inocencia inicial, perdida

lamentablemente con el pecado original; todo esto brinda ya un cuadro completo de lo que significa para la cultura el amor que nace del conocimiento. Este amor es fuente de una nueva vida. Y, antes aún, es fuente del asombro creativo que requiere una expresión en el arte.

En la cultura del hombre está profundamente grabada desde el principio la dimensión de la belleza. Es como si la belleza del universo estuviera reflejada en los ojos de Dios, como se dice en las Escrituras: «Y vio Dios todo lo que había hecho: y era muy bueno» (Gn 1, 31). Se dice «muy bueno», en concreto, de la primera pareja creada a imagen y semejanza de Dios, con toda su inocencia originaria y en aquella desnudez que la caracterizaba antes del pecado original. Todo esto subyace en el fondo mismo de la cultura que se manifiesta en las obras de arte, sean pinturas, esculturas, obras de arquitectura, composiciones musicales o frutos de la imaginación creativa y del pensamiento.

Cada nación vive de las obras de su propia cultura. Nosotros, los polacos, por ejemplo, vivimos de todo aquello cuyo origen conocemos, tanto en el canto Bogurodzica (Madre de Dios), la más antigua poesía polaca escrita, como también en la melodía multiseccular que la acompaña. Cuando estuve en Gniezno en 1979, durante mi primera peregrinación a Polonia, hablé de esto a la juventud reunida en la colina de Letch. Precisamente, el canto Bogurodzica forma parte de la tradición de Gniezno en la cultura polaca. Es la tradición de su santo patrón Adalberto, al que se atribuye efectivamente la composición del canto. Es una tradición con muchos siglos de historia. El canto Bogurodzica se convirtió en el himno nacional, que todavía en Grunwald acompañó a las huestes polacas y lituanas en la batalla contra la Orden Teutónica.⁸ Pero ya existía entonces otra tradición relacionada con el culto de san Estanislao, proveniente de Cracovia. Se expresaba en el himno latino *Gaude, Mater Polonia*, cantado aún hoy en latín, así como Bogurodzica se sigue cantando en polaco antiguo. Ambas tradiciones se compenetran. Es bien sabido que, durante mucho tiempo, el latín fue, junto al polaco, la lengua de la cultura polaca. En latín fueron escritas poesías como, por ejemplo, las de Janicius, o bien tratados político-morales como los de Andrzej Frycz Modrzewski y los de Orzechowski, e incluso la obra de Nicolás Copérnico *De revolutionibus orbium caelestium*. Paralelamente, se desarrolló la literatura polaca, desde Micol-áj

Rey hasta Jan Kochanowski, con quien alcanza un nivel europeo de primer plano. El Salterio de David (Psal-zer Dawidów) de Kochanowski se canta aún hoy en día. Sus Lamentos (Treny) por la muerte de su hija son una cumbre de la lírica. A su vez, La despedida de los enviados griegos (Odprawa posł-ów greckich) es un drama exquisito que recuerda los modelos antiguos.

Todo lo que acabo de decir me hace recordar el discurso que pronuncié en la UNESCO sobre el papel de la cultura en la vida de las naciones. La fuerza de aquella intervención residía, más que en una teoría de la cultura, en el testimonio que daba de ella: el simple testimonio de un hombre que, apoyándose en su propia experiencia, exponía lo que era la cultura en la historia de su nación y lo que la cultura representa en la historia de cada nación. ¿Cuál es, por ejemplo, el papel de la cultura en la vida de las jóvenes naciones del continente africano? Hay que preguntarse cómo esta riqueza común del género humano, la riqueza de todas las culturas, pueda crecer en el tiempo y cómo sea necesario respetar una relación adecuada entre la economía y la cultura, para no destruir este bien —el más grande, el más humano— en favor de la civilización del dinero, de la prepotencia de un economicismo unilateral. Porque, en este caso, ya no importa tanto que una tal prepotencia se imponga bajo la forma marxista-totalitaria o bien de la occidental-liberal. En aquel discurso, dije entre otras cosas: «El hombre vive una vida verdaderamente humana gracias a la cultura [...]. La cultura es un modo específico del existir y del ser del hombre [...]. La cultura es aquello a través de lo cual el hombre, en cuanto hombre, se hace más hombre, “es” más [...]. La nación es, en efecto, la gran comunidad de los hombres que están unidos por diversos vínculos pero, sobre todo, precisamente por la cultura. La nación existe “por” y “para” la cultura. Y así es ella la gran educadora de los hombres para que puedan “ser más” en la comunidad. La nación es esta comunidad que posee una historia que supera la historia del individuo y de la familia [...]. Soy hijo de una nación que ha vivido las mayores experiencias de la historia, que ha sido condenada a muerte por sus vecinos en varias ocasiones, pero que ha sobrevivido y que ha seguido siendo ella misma. Ha conservado su identidad y, a pesar de haber sido dividida y ocupada por extranjeros, ha conservado su soberanía nacional, no porque se apoyara en los recursos de la fuerza física, sino apoyándose exclusivamente en su cultura.

Esta cultura resultó tener un poder mayor que todas las otras fuerzas. Lo que digo aquí respecto al derecho de la nación a fundamentar su cultura y su porvenir, no es el eco de ningún “nacionalismo”, sino que se trata de un elemento estable de la experiencia humana de las perspectivas humanistas del desarrollo del hombre. Existe una soberanía fundamental de la sociedad que se manifiesta en la cultura de la nación. Se trata de la soberanía por la que, al mismo tiempo, el hombre es supremamente soberano.»

Lo dicho en aquella ocasión sobre el papel de la cultura en la vida de la nación era el testimonio que pude dar del genio polaco. Por entonces, mis convicciones al respecto ya eran conocidas universalmente. En aquel 2 de junio de 1980 estaba viviendo el segundo año de pontificado. Había realizado algunos viajes apostólicos: a Latinoamérica, África y Asia. En ellos me convencí de que, con la experiencia de la historia de mi patria, con las convicciones que había madurado sobre el valor de la nación, no era ningún extraño para las personas que encontraba. Al contrario, la experiencia de mi patria me facilitaba mucho el encuentro con los hombres y las naciones de todos los continentes.

Las palabras pronunciadas en la UNESCO sobre el tema de la identidad de la nación afirmada mediante la cultura fueron acogidas con aprobación, particularmente por parte de los representantes de los países del Tercer Mundo. Algunos delegados de Europa occidental —así me ha parecido— se mostraron más reservados. Podría preguntarse por qué. Uno de mis primeros viajes apostólicos fue el de Zaire, en África ecuatorial. Un país enorme, donde se hablan 250 lenguas, cuatro de ellas principales, y vive un gran número de clanes y tribus. ¿Cómo formar una sola nación de tal diversidad y pluralidad? En una situación similar están casi todos los países de África. Tal vez, desde el punto de vista de la formación de la conciencia nacional, están en la etapa que en la historia de Polonia corresponde a los tiempos de Mieszko I o los de Boleslao el Valiente. Nuestros primeros reyes se encontraron ante una tarea semejante. La tesis que expuse en la UNESCO sobre la formación de la identidad de la nación mediante la cultura, era como una mano tendida a las necesidades más vitales de todas las naciones jóvenes en busca de fórmulas para consolidar la propia soberanía.

Los países de Europa occidental están hoy en un período que se podría definir como de «post-identidad». Pienso que uno de los resultados de la Segunda Guerra Mundial fue precisamente la formación de este tipo de mentalidad en los ciudadanos, en el contexto de una Europa que se estaba encaminando hacia la unificación. Naturalmente, hay también otros muchos motivos que explican el impulso hacia la unificación del Viejo Continente. Pero uno de ellos es sin duda la gradual superación de las categorías exclusivamente nacionales en la definición de su propia identidad. Sí, por lo general, las naciones de Europa occidental piensan que no corren peligro de perder su identidad nacional. Los franceses no temen que, por el hecho de entrar en la Unión Europea, vayan a dejar de ser franceses, y así también los italianos, los españoles, etc. Tampoco los polacos lo temen, aunque la historia de su identidad nacional es bastante más compleja.

Históricamente, el espíritu polaco ha tenido una evolución muy interesante. Probablemente, ninguna otra nacionalidad en Europa ha pasado por un proceso similar. Al principio, en el período en que se fusionaban las tribus de los polanos, vistulanos y demás, el elemento unificador fue el espíritu polaco de los Piast; podría decirse que era el espíritu polaco «puro». Después, durante cinco siglos, reinó el espíritu polaco de la época jagellona¹⁰, que permitió la creación de una república integrada por varias naciones, varias culturas y religiones. Todos los polacos son conscientes de esta diversidad religiosa y nacional. Yo mismo provengo de Mal-opolska, el territorio de los antiguos vistulanos, estrechamente vinculado a Cracovia. Pero también en Mal-opolska —posiblemente también en Cracovia, más que en cualquier otra parte— se sentía la vecindad de Vilna, de Lvov y del Oriente.

Un elemento étnico de gran importancia en Polonia ha sido también la presencia de los judíos. Recuerdo que al menos la tercera parte de mis compañeros de escuela en Wadowice eran judíos. En el instituto había menos. Tenía amistad con varios de ellos, y lo que me sorprendía en algunos era su patriotismo polaco. Así pues, el espíritu polaco, en el fondo, es la diversidad y el pluralismo, no la estrechez de miras ni el aislamiento. Sin embargo, parece que esta dimensión «jagellona» del espíritu polaco a la que me he referido antes, ha dejado de ser lamentablemente algo obvio en nuestro tiempo.